

partes de la ciudad, que la hace más accesible, se corresponde con los intentos de caracterizar esa nueva dimensión urbanística mediante el establecimiento de unidades arquitectónicas de calidad y escala, coherentes con esa transformación.

En la Sevilla del Antiguo Régimen perseveró como hito principal la Giralda; así aparece en las imágenes más significativas desde el siglo XVI, acompañada de las torres de iglesias, de la del Oro, también de la mole catedralicia, por encima de las murallas de la ciudad, además de su puerto fluvial. Un conjunto de referencias que se ven incrementadas por la importancia de las piezas extramuros, comenzando por el Hospital de la Sangre y concluyendo con la Fábrica de Tabacos, siempre obras de envergadura, excepcionales por su magnitud y tipología respecto a las construcciones no sólo existentes, sino posibles en el interior del casco antiguo.

Hoy estamos ante un salto de escala, ante necesidades simbólicas que respondan tanto a una nueva dimensión como a una nueva cualidad urbana. Pero ello no es óbice para que algunos parámetros mantengan su virtualidad. Así, el valor de los elementos verticales, que operan en la distancia, al tiempo que juegan un mecanismo de contraste perceptivo en su entorno inmediato. En segundo lugar, la necesidad de establecer grandes piezas arquitectónicas que resuelvan problemas de excepcional magnitud y que permitan nuclear zonas de crecimiento o puntos externos de la ciudad. Por último, la persistencia de la substancia geográfica e histórica de Sevilla mediante la revalorización del río como su espacio principal.

5. El Guadalquivir, columna vertebral de la ciudad

Debemos comenzar por la componente seminal y directriz de Sevilla: el Guadalquivir. Decisivo también para este último capítulo de su historia urbana, aunque quede mucho por analizar, proponer y llevar a cabo para que el río llegue a ser el sistema pleno que reconocemos en las grandes ciudades fluviales de Europa.

Dijimos que la Exposición Universal se sitúa dentro del Actur de Cartuja, el territorio susceptible de ser urbanizado tras la construcción, en los años setenta, de la última gran corta dentro de la serie de alteraciones operadas en el cauce de río, especialmente como reacción ante el régimen inmisericorde de las inundaciones a que siempre estuvo sujeto. No es éste el lugar para evaluar los aspectos positivos y negativos de la ubicación y modelo de Expo '92, pero no cabe duda de que su posición de frente fluvial y de vecindad respecto a la del centro histórico, ha implicado un desafío inmenso, levantando el tapón de Chapina, coadyuvando a la decisión del des-

mantelamiento del ramal ferroviario de la calle Torneo, la remodelación de esa vía devenida en privilegiada y, consecuentemente, el establecimiento de los puentes necesarios para la comunicación tanto urbana como metropolitana.

La remodelación de todo el sector ha sido una operación tan silenciosa como crucial para comprender algunos aspectos sustanciales del proceso; tanto que es el que ha arrastrado conflictos y demorado soluciones. Quien tenga la oportunidad de examinar la ciudad desde el aire, se sorprenderá de la magnitud impresionante que representa este amplio segmento de Sevilla que desde San Jerónimo conduce por la nueva avenida de Torneo hasta Plaza de Armas, Chapina, y los terrenos de Triana «reaparecidos» ante la Expo '92. Una larguísima cinta que los años siguientes, en diálogo con el río, ya es el nuevo desafío de contextualización fluvial de Sevilla, para la que durante toda la Edad Contemporánea no había habido más realidad fluvial que la del frente del Arenal, Paseo de Colón y calle Betis, con las adiciones portuarias y el desgraciado diálogo entre las traseras de la calle Castilla y Arjona hasta Chapina, ejemplo paradigmático del desentendimiento de los sevillanos hacia su río durante décadas.

Al extenderse la dársena hasta San Jerónimo, surge todo el río histórico urbano. Cae la ficción del tramo comprendido entre la Torre del Oro y el puente de Triana, y el símbolo del Arenal y la calle Betis ya no permanece como encubridor de olvidos, fracasos e indolencias. Arjona muestra lo que nunca debió ser, antes que nada por la ignorancia y el desprecio que refleja. El nuevo territorio en expectativa del borde de Triana permanece hoy como un potente desafío, con el enrarecido vacío de los edificios fronteros a la Expo, piezas cuasi metafísicas que sólo empezarán a cambiar con la inminente puesta en uso por la Junta de Andalucía de su sede de Torre Triana.

Por su parte, el amplio enclave de la Plaza de Armas muestra crudamente lo difícil que es hacer ciudad en procesos urbanísticos y arquitectónicos acelerados: empezando por la posición y el diseño del puente de Chapina, siguiendo por la nueva estación de autobuses, pasando por la procelosa vicisitud de la reordenación del área de la antigua estación de ferrocarriles, y concluyendo con el esfuerzo extraordinario de llevar a término la configuración urbana de la nueva avenida de Torneo y su prolongación.

Cuestión de tiempo, como la culminación del paseo de Cristóbal Colón que, más allá de su caracterización como obra de conjunto del regionalismo, ha sido ahora, sesenta años más tarde, con el edificio de oficinas de Previsión Española y el teatro de la Maestranza, cuando ha cumplido su perfil arquitectónico. De igual modo, un frente sin esa personalidad central del antiguo Arenal, Torneo habrá de tener en su día una faz muy distinta a

la presente, con su destino unido al del casco antiguo, especialmente el barrio de San Vicente y la Alameda. Otra cosa es el desarrollo en curso de las traseras de Macarena Norte, desde la Resolana a Bachillera, y de ésta a San Jerónimo. Partes substanciales de un plan, de una operación urbanística cuya articulación unitaria debería controlarse, trascendiendo las meras necesidades locales de los populosos barrios que jalonan toda la espina septentrional de la ciudad.

Una estrategia que ahora sólo puede ser operada desde la normalidad urbanística, tan necesaria en la Sevilla que encara el final del siglo XX. Una normalidad que, no obstante, corre el peligro de ser afrontada dando satisfacción a problemas puntuales, expresados en términos superficiales, cuando ello no es óbice para que la visión global que conviene a la prosecución de la construcción de la imagen de Sevilla, pasa por la puesta en valor de elementos referenciales arquitectónicos, cuyo destino funcional puede y debe ser trascendido.

6. El área de la Cartuja bajo el peso de la fiesta

En primer lugar, más acá de la escala metropolitana que quiera asignarse a toda el área, su fachada fluvial se ha constituido en una nueva parte de la ciudad de extraordinaria importancia. Aunque la ordenación de la Exposición Universal, cerrada en sí misma, ha forzado una implantación ajena al río casi en su totalidad, con la sola excepción del Pabellón de la Navegación, su relevancia urbana es inequívoca, se vivió intensamente en los meses del certamen y se reactiva ahora con Isla Mágica, parque temático aplicado torticeramente alrededor del lago de Expo '92, en el que el ya enrarecido panorama arquitectónico de la muestra universal ha sufrido su completa degeneración y su indolente y parcial supervivencia en el resto, con un parque tecnológico (el proyecto Cartuja 93) de escasa vitalidad, algún uso universitario que empieza a operar este curso 97/98 y el contrapunto del parque metropolitano, gran espacio verde de intensa utilización, pero cuya gestión, todavía autonómica, se resiste a asumir el Ayuntamiento de Sevilla.

La falta de pulso integrador de los hitos arquitectónicos que la Expo '92 legó puede sintetizarse en su pieza más cualificada, el Pabellón de la Navegación. Si la obra más sabiamente compuesta no ha sido potenciada adecuadamente, ¿qué decir de otras piezas no demolidas, como el Pabellón de Francia, abandonado a su destino previsto como terminal de la nueva Biblioteca Nacional de París? El teatro experimental podría ser la excepción entre las arquitecturas pensadas «también» para Sevilla.

7. Los nuevos puentes y otros hitos visuales

No es errado decir que los nuevos puentes son los hitos más significativos de estos años respecto a la condición fluvial de Sevilla. Sin duda es así respecto a la articulación de la estructura de comunicaciones del territorio, pero de igual modo cabe evaluar su importancia como imágenes relevantes del paisaje urbano. Los dos puentes extremos, los que se corresponden con la ronda exterior, fueron diseñados con una clara intención simbólica, excediendo la mera necesidad funcional, para muchos con derroche dimensional o económico. Pero siendo ello cierto y posible en años de gran volumen de inversión pública, su caracterización simbólica expresó el deseo de las instituciones de configurar los testimonios del «poder» en este capítulo de nuestra historia, de igual modo como otros momentos del pasado establecieron, con similar voluntad, sus monumentos.

Desde ese enfoque se dirimió la voluntad de la Junta de Andalucía de llevar a cabo el viaducto y puente del Alamillo, al menos en la mitad que le correspondía, al norte del río histórico. El gran pilono inclinado del Alamillo, enorme macroestructura, uno de los dos vástagos que iban a simbolizar la gran puerta del valle, opera como el hito más visible desde múltiples perspectivas en el acceso a la ciudad, y desde ella apareciendo en mil lugares de forma sorprendente. El puente que opera con similares principios de partida es el del Centenario. Un puente «clásico» que cierra el trazado sur metropolitano, allí donde la condición de ría del Guadalquivir se hace más evidente, donde dársena, canales y astilleros se articulan con los atributos portuarios actuales de la vieja substancia fluvial de Sevilla. Los otros puentes construidos en estos años tienen una función diferente, son de orden urbano, comunican la ciudad con el área de Cartuja, la ciudad vieja con la ciudad nueva, como los de Barqueta, Cartuja, el más elegante, e incluso Chapina, mientras que el de Delicias es complementario al servicio de la nueva red viaria interior de la ciudad y facilita la comunicación ferroviaria del puerto.

Pero eso no es todo al respecto. El río es también un fulcro continuo de tensiones visuales, habiendo surgido nuevos perfiles antes inéditos, no sólo allí donde se ha abierto el nuevo horizonte de la extensión fluvial, sino en el propio paisaje establecido anteriormente, con la aparición de edificios que se han incorporado a la mirada del ciudadano. Éste es un aspecto objeto de atención especial en la opinión pública que conviene subrayar. En efecto, si nos situamos en el puente de San Telmo, construido hace algo más de medio siglo, la mirada al segmento central del río, con la Torre del Oro en primer plano, poco refleja del carácter del Arenal de los siglos XVI y XVII; el puente de Triana, sustituto del de barcas, ha llegado a ser un refe-